



Verdad y Anuncio de la Fe

Parroquia de Nuestra Señora Reina del Cielo

Hoja Semanal * Año «VIII» * nº «34» * 1 * Junio * 2014

Evangelio de este Domingo

Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra

Conclusión del santo evangelio según san Mateo (Mt 28, 16-20).

En aquel tiempo, los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado.

Al verlo, ellos se postraron, pero algunos vacilaban.

Acercándose a ellos, Jesús les dijo:

“Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado.”

“Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”

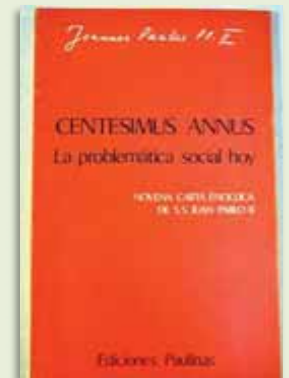
Contenidos de la Hoja Semanal

- Evangelio: Del evangelio de san Mateo (Mt 28, 16-20).
- Magisterio: S. S. Juan Pablo II: «Centesimus annus».
- Tradición: San Ireneo, obispo: «La Eucaristía, prenda de la resurrección.»
- Al Sº Verdad: J. Pablo I: La verdad desde la sencillez, el amor desde la humildad (4).

>> Visite nuestra Web: www.reinacielo.com

El Magisterio de la Iglesia: Exhortación Apostólica de S.S. Juan Pablo II "Centesimus annus"

14. De la misma raíz atea brota también la elección de los medios de acción propia del socialismo, condenado en la *Rerum novarum*. Se trata de la **lucha de clases**. El Papa, ciertamente, no pretende condenar todas y cada una de las formas de conflictividad social. La Iglesia sabe muy bien que, a lo largo de la historia, surgen inevitablemente los conflictos de intereses entre diversos grupos sociales y que frente a ellos el cristiano no pocas veces debe pronunciarse con coherencia y decisión. Por lo demás, la encíclica *Laborem exercens* ha reconocido claramente el papel positivo del conflicto cuando se configura como «lucha por la justicia social».



Ya en la *Quadragesimo anno* se decía: **«En efecto, cuando la lucha de clases se abstiene de los actos de violencia y del odio recíproco, se transforma poco a poco en una discusión honesta, fundada en la búsqueda de la justicia».**

Lo que se condena en la lucha de clases es la idea de un conflicto que no está limitado por consideraciones de carácter ético o jurídico, **que se niega a respetar la dignidad de la persona en el otro y por tanto en sí mismo**, que excluye, en definitiva, un acuerdo razonable y persigue no ya el bien general de la sociedad, sino más bien un interés de parte que suplanta al bien común y aspira a destruir lo que se le opone. Se trata, en una palabra, de presentar de nuevo —en el terreno de la confrontación interna entre los grupos sociales— **la doctrina de la «guerra total»**, que el militarismo y el imperialismo de aquella época imponían en el ámbito de las relaciones internacionales. Tal doctrina, que buscaba el justo equilibrio entre los intereses de las diversas naciones, sustituía a la del absoluto predominio de la propia parte, mediante la destrucción del poder de resistencia del adversario, **llevada a cabo por todos los medios**, sin excluir el uso de la mentira, el terror contra las personas civiles, las armas destructivas de masa, que precisamente en aquellos años comenzaban a proyectarse.

La lucha de clases en sentido marxista y el militarismo tienen, pues, las mismas raíces: el ateísmo y el desprecio de la persona humana, que hacen prevalecer el principio de la fuerza sobre el de la razón y del derecho.

Perlas de nuestra Tradición: San Irineo, Obispo La Eucaristía, prenda de la Resurrección

Si no fuese verdad que nuestra carne es salvada, tampoco lo sería que el Señor nos redimió con su sangre, ni que el cáliz eucarístico es comunión de su sangre y el pan que partimos es comunión de su cuerpo. La sangre, en efecto, procede de las venas y de la carne y de todo lo demás que pertenece a la condición real del hombre, condición que el Verbo de Dios asumió en toda su realidad para redimirnos con su sangre, como afirma el Apóstol: **Por este Hijo, por su sangre, hemos recibido la redención, el perdón de los pecados.**



Y, porque somos sus miembros, nos sirven de alimento los bienes de la creación; pero él, que es quien nos da estos bienes creados, haciendo salir el sol y haciendo llover según le place, afirmó que aquel cáliz, fruto de la creación, **era su sangre**, con la cual da nuevo vigor a nuestra sangre, y aseveró que aquel pan, fruto también de la creación, **era su cuerpo**, con el cual da vigor a nuestro cuerpo.

Por tanto, si el cáliz y el pan, **cuando sobre ellos se pronuncian las palabras sacramentales, se convierten en la sangre y el cuerpo eucarísticos del Señor**, con los cuales nuestra parte corporal recibe un nuevo incremento y consistencia, ¿cómo podrá negarse que la carne es capaz de recibir el don de Dios, que es la vida eterna, si es alimentada con la sangre y el cuerpo de Cristo, del cual es miembro?

Cuando el Apóstol dice en su carta a los Efesios: Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos, no se refiere a alguna clase de hombre espiritual e invisible -ya que un espíritu no tiene carne ni huesos-, sino al hombre tal cual es en su realidad concreta, que consta de carne, nervios y huesos, **que es alimentado con el cáliz de la sangre de Cristo, y que recibe vigor de aquel pan que es el cuerpo de Cristo.**

Y del mismo modo que la rama de la vid plantada en tierra da fruto a su tiempo, y el grano de trigo caído en tierra y disuelto sale después multiplicado por el Espíritu de Dios que todo lo abarca y lo mantiene unido, y luego el hombre, con su habilidad, los transforma para su uso, y **al recibir las palabras consagratorias se convierten en el alimento eucarístico del cuerpo y sangre de Cristo**; del mismo modo nuestros cuerpos, alimentados con la eucaristía, después de ser sepultados y disueltos bajo tierra, resucitarán a su tiempo, por la resurrección que les otorgará **aquel que es el Verbo de Dios, para gloria de Dios Padre**, que rodea de inmortalidad a este cuerpo mortal y da gratuitamente la incorrupción a este cuerpo corruptible, ya que la fuerza de Dios se muestra perfecta en la debilidad.

Al servicio de la Verdad: S. S. el papa Juan Pablo I La verdad desde la sencillez, el amor desde la humildad (4)



La sencillez, la bondad del corazón y la alegría que le atribuye a Jesús en su comportamiento como maestro y pastor, reflejan muy bien cuál es su escala de valores para el pueblo de Dios que tiene encomendado.

Cuando piensa en los pecadores:

«Tú eres el pastor que va en busca de la oveja descarriada y se alegra al encontrarla y lo celebra cuando la devuelve al redil. Tú eres aquel padre bueno que, cuando regresa el hijo pródigo, se le arroja al cuello y lo abraza largo tiempo. Tú te acercas a los pecadores y pecadoras, comes con ellos, te invitas Tú mismo, si ellos no se atreven a invitarte. Das la impresión - es la que yo tengo - de preocuparte más de los sufrimientos que el pecado causa a los pecadores que de la ofensa que hace a Dios. Infundiéndoles la esperanza del perdón, parece que les dices: **¡Ni siquiera os imagináis la alegría que me produce vuestra conversión!**»

En el comportamiento público, resalta el interior del hombre:

«Los fariseos tenían la cara demacrada a causa de los prolongados ayunos religiosos y Tú manifestaste: **No me gustan esos rostros. El corazón de estos hombres está lejos de Dios. Los impulsos nacen del interior y, por ello, el corazón sirve de módulo para juzgar a los hombres. Dentro del corazón humano salen los malos pensamientos: liviandades, latrocinios, asesinatos, adulterios, codicias, orgullo, vanidad**». En cuanto a las palabras: **Sea vuestro hablar: sí, sí, no, no; todo lo que pasa de esto procede del mal. Cuando oréis, no multipliquéis las palabras.**»

«Querías hechos reales y moderación: **Si ayunas, lávate la cara y perfúmate la cabeza. Cuando des limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha. Al leproso cuando le ordenaste: No lo digas a nadie.** A los padres de la muchacha resucitada les mandaste enérgicamente que no fueran anunciando a bombo y platillo el milagro ocurrido. Solías decir: **Yo no busco mi gloria. Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre.**»

«Pero siempre te cuidaste de que las cosas no se hicieran a medias. Cuando los apóstoles te sugirieron: **La gente nos sigue hace tiempo; envíemola a su casa para que coman**, Tú respondiste: **No, démosle nosotros de comer.** Cuando terminaron de comer los panes y los peces milagrosamente multiplicados, añadiste: **Recoged las sobras; no está bien que se pierdan.** Querías que, al hacer el bien, se cuidaran hasta los menores detalles. Al resucitar a la hija de Jairo, aconsejaste: **Ahora, dadle de comer.** La gente proclamaba de Ti: **¡Ha hecho bien todas las cosas!**»

Continuará...